

FLUCTUACIONES ECONÓMICAS EN MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS

PASCUAL GARCÍA ALBA

y

JAIME SERRA PUCHE

El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

EN ESTE TRABAJO ANALIZAMOS LOS vínculos entre las fluctuaciones económicas de México y las fluctuaciones económicas de Estados Unidos. Lejos de construir un modelo matemático del ciclo económico, nos limitamos a examinar las restricciones que enfrentan ambos países al diseñar su política económica. Se optó por este enfoque atendiendo a tres consideraciones. Primero, es bien sabido que un modelo teórico completamente formalizado es usualmente incapaz de generar o reproducir las fluctuaciones económicas reales. Los modelos tradicionales contienen tanto variables endógenas como exógenas. Si han de predecir cualquier comportamiento cíclico, el fenómeno debe estar implícito en los valores de las variables exógenas. Pero las variables endógenas siguen a las exógenas de manera monotónica o con ciclos decrecientes. En aquellos casos excepcionales en que el modelo genera un ciclo endógeno sostenido, éste muestra

* Una versión original en inglés de este trabajo fue presentada en la conferencia *Economic Problems of Common Concern to Mexico and the United States*, organizada por la Universidad de California en Santa Cruz, noviembre 10-12, 1983. Agradecemos al editor de esta revista, Carlos Rocés, sus numerosas sugerencias para mejorar el contenido del trabajo.

una regularidad que se parece poco a la que observan las fluctuaciones reales, cuya frecuencia y amplitud son notoriamente variables.

Segundo, un análisis de las fluctuaciones económicas en México y Estados Unidos basado en un modelo teórico y econométrico muy elaborado tendría que ser consistente con una teoría específica del ciclo. Las técnicas estadísticas actuales no discriminan satisfactoriamente entre diferentes teorías del ciclo que son esencialmente contradictorias. Refirámonos, por ejemplo, al análisis de causalidad, que tanta popularidad ha ganado en años recientes (Granger, 1969). El valor actual de una variable x es estimado como función de los valores pretéritos de otra variable y . Si la relación es significativa, se concluye que y es causa de x . Sin embargo, este método tiene serias limitaciones. Aún en aquellos casos extremos en que el valor de x está determinado completamente por los valores pretéritos de y , el enfoque es incapaz de captar tal relación si el polinomio de rezagos de y no es suficientemente largo, o, quizá todavía más grave, si la respuesta de x a los valores pretéritos de y no es estable. Cuando se analizan variables económicas que son altamente sensibles a decisiones de política, como es el caso en este trabajo, esas dos situaciones pueden presentarse fácilmente, ya que la intervención del Gobierno incide en el patrón-tiempo con que se da la relación causa-efecto.

Tercero, las deficiencias de información, especialmente en el caso de México, impiden una estimación confiable de un modelo formal. No sería prudente ajustar un modelo sofisticado a datos que sólo pueden interpretarse como reflejo muy general del comportamiento agregado de la economía.

La primera sección del trabajo se dedica a ciertos aspectos generales del ciclo económico, la segunda es un examen de políticas anticíclicas y la tercera se centra en la interdependencia de las variables económicas de México y Estados Unidos, haciendo hincapié en el comportamiento de las variables reales entre 1950 y 1982, aunque dejando fuera importantes fenómenos financieros. En la última sección se hacen algunas consideraciones sobre cambios a largo plazo, los que, a nuestro juicio, debieran tener más peso, al diseñar la política económica, que las fluctuaciones erráticas a corto plazo. Cabe señalar que todo este análisis se hace desde la perspectiva de México.

El ciclo económico

Hace ya mucho tiempo que los economistas se empeñan en explicar las fluctuaciones económicas, o, en otras palabras, los ciclos

económicos, como función de fenómenos persistentes y bien definidos. Dos son, hasta ahora, los fenómenos que destacan en casi todos los enfoques analíticos: *automaticidad* y *regularidad*.

Por automaticidad debemos entender la tendencia natural de las variables económicas a fluctuar por encima y por debajo de su trayectoria a largo plazo. Esta característica es considerada como inherente a todo sistema económico. Se admite la posibilidad de aminorar la magnitud de las fluctuaciones pero no de eliminarlas. La noción de automaticidad suele llevar a la conclusión de que las fluctuaciones a corto plazo son en cierta medida independientes de los movimientos a largo plazo, y, por tanto, suele favorecer políticas de estabilización o anticíclicas que ignoran fenómenos como el potencial de crecimiento.

La noción de regularidad es la que hace operativo al concepto mismo de ciclo económico. Si las variables económicas fluctúan a intervalos fijos, hay mayores posibilidades de predecir correctamente su comportamiento futuro y de aplicar oportunamente las políticas anticíclicas adecuadas: expansionistas, si la actividad económica va en descenso, o contraccionistas si va en ascenso. En general, el concepto de ciclo es más operativo en la medida en que todo auge y recesión ocurridos en el presente tengan las mismas características principales que los auges y recesiones ocurridos en el pasado y que ocurran en el futuro.

Como la actividad económica es, en efecto, muy fluctuante, siempre es posible representarla en una trayectoria que refleje su comportamiento a largo plazo. Aunque arbitrariamente, esta trayectoria puede ser designada como tendencia y las desviaciones correspondientes ser tomadas para definir los ciclos. El método usual para imprimir regularidad consiste en ajustar varios ciclos ideales superpuestos que tengan, cada uno, determinada amplitud y frecuencia. Este procedimiento, usado en muestras finitas, permite obtener un "buen" resultado estadístico. Puesto que la selección es a partir de un número infinito de ciclos ideales, siempre se tendrá un conjunto que describa fielmente el comportamiento de una serie finita de datos.¹

El "éxito" de este procedimiento ha llevado a algunos a la conclusión de que, al menos para proyecciones a muy corto plazo, la técnica de series de tiempo, que sólo recoge el comportamiento pasado de las variables sin explicarlo en términos de una teoría económica,

¹ Para una buena explicación de este procedimiento, véase T. J. Sargent (1979), pp. 254-256.

es superior a los modelos econométricos, que sí se sustentan teóricamente. La idea de que el comportamiento a corto plazo de las variables económicas está determinado, en principio, por su propia inercia, ignorando el efecto de la política anticíclica, limita claramente el uso de la teoría del ciclo económico como instrumento para diseñar políticas de estabilización. En conclusión, conforme hay mayor automaticidad en las fluctuaciones económicas, más válido es el concepto del ciclo, pero menos útil es la teoría del ciclo como fundamento de la política de estabilización.

La utilidad del concepto de ciclo como mero predictor no es, tampoco, evidente. Las técnicas estadísticas basadas en este concepto no han tenido mucho éxito en la predicción de puntos de reversión de tendencias. No han podido predecir de manera consistente la duración y la magnitud de las recesiones más importantes de la historia.

De cualquier manera, supongamos que existe un ciclo bien definido que hace posible predecir con precisión las fluctuaciones reales. Supongamos, también, que se ha logrado evitar que la regularidad inherente al ciclo niegue la efectividad de la política discrecional a corto plazo. Aun bajo estas condiciones, ¿es razonable el empleo de políticas clásicas de estabilización, sabiendo que no toman en cuenta efectos a largo plazo? No, por dos razones:

Primero, hay restricciones de orden institucional y político que no pueden soslayarse. Los problemas económicos tienen una dimensión social y política que, con demasiada frecuencia, suele ser ignorada por los economistas. Un conjunto de políticas recomendable en términos económicos puede debilitar el acuerdo social que hace posible la formulación y la aplicación de la política económica misma.

Segundo, es muy difícil —de hecho imposible— demostrar rigurosamente que los instrumentos y objetivos de política económica a corto plazo puedan separarse de los instrumentos y objetivos de política económica a largo plazo. La tendencia a separar teóricamente el corto del largo plazos ha conducido, la mayoría de las veces, a poner al corto plazo en primer plano. Los conflictos entre corto y largo plazos se han resuelto en la práctica a favor del primero. Por ejemplo, la política mexicana de comercio no ha tenido los resultados que pretendía porque las decisiones en cuanto a cuotas y tarifas han respondido, usualmente, a dificultades de balanza de pagos (tomadas, a su vez, como problemas a corto plazo únicamente) y no a criterios de racionalidad en la asignación de recursos.

Esta argumentación justifica nuestro rechazo a los modelos que siguen los cánones de alguna teoría particular del ciclo económico

sin cambiar los términos en que estas teorías suelen estar especificadas. Volviendo al tema que nos ocupa, las relaciones entre México y Estados Unidos no son nuevas. Cualquier intento por cambiar su naturaleza basado en un modelo cuantitativo puro puede ser interesante, pero fracasará por completo si ignora la experiencia histórica. Las relaciones entre los dos países se han producido a través del tiempo como reacciones contra afrentas graves. Por supuesto, la formulación de acuerdos mutuamente satisfactorios ha contribuido a un mejor desarrollo de este encuentro permanente.

El ciclo económico y las políticas anticíclicas en México y en Estados Unidos

La política económica a corto plazo enfrenta importantes restricciones de tipo institucional. Al parecer, en Estados Unidos muchas de las decisiones están influidas fuertemente por consideraciones o hechos políticos, como la proximidad de elecciones. En esta sección, examinaremos si la política económica en México obedece, aunque sea en parte, a criterios de índole política. Koehler (1968) ha sugerido que el comportamiento del administrador público en México se apega a un ciclo político, que, según dicho autor, tiene intervalos fijos definidos por los seis años de cada administración. En el primer año, los administradores públicos nuevos en su puesto no saben cómo gastar. A medida que van ganando experiencia, el gasto público aumenta. Hacia el quinto y sexto años, los funcionarios vuelven los ojos a los proyectos sin terminar y el gasto público se incrementa por encima de su tendencia a largo plazo. Un análisis detallado del gasto público en México² revela que éste se apega a un ciclo político, ya que sigue el mismo patrón durante cada administración, pero su comportamiento es muy diferente del que define Koehler.

² Analizamos el gasto público por medio de datos ajustados de las Cuentas Nacionales. Estos datos sólo reflejan el gasto público en bienes y servicios de demanda final, dejando fuera algunos componentes importantes de la demanda pública, como las transferencias. Los datos sobre demanda pública total anteriores a 1965 abarcan sólo al Gobierno Federal y son poco confiables. Aunque incompleta, la información de las Cuentas Nacionales da una indicación general del comportamiento del gasto público más satisfactoria que la que se desprende de la otra información. La decisión de alentar o restringir la actividad económica seguramente ha influido sobre todo tipo de gastos, no sólo las transferencias, debido a la falta en México de instrumentos de política económica. En el pasado, no ha habido una política monetaria independiente, debido, en parte, a la inexistencia de un mercado de activos financieros bien desarrollado (véase Ortiz, G. y L. Solís, 1978).

El Cuadro 1 muestra la distribución de frecuencias a que se apegaría la tasa de crecimiento del gasto público si éste no siguiera ciclo político ninguno, es decir, si tuviera una trayectoria aleatoria. El primero y el último años son separados de los demás por suponer que el gasto en esos años se comporta de manera distinta que en los demás. El Cuadro 2 muestra la distribución de frecuencias observada.

Cuadro 1. Cuadro de contingencia si el gasto público en México no se apegara a ciclo político ninguno.

(Frecuencia de las observaciones de la tasa de crecimiento del gasto público).

	<i>Año de la administración.</i>		
	<i>Primero</i>	<i>Segundo</i>	<i>Otros</i>
Una de las tasas menores durante la administración	$\frac{1}{12} = 0.0833$	$\frac{1}{12} = 0.0833$	$\frac{1}{3} = 0.3333$
Otras	$\frac{1}{12} = 0.0833$	$\frac{1}{12} = 0.0833$	$\frac{1}{3} = 0.3333$

Cuadro 2. Frecuencias observadas de la tasa de crecimiento del gasto público en México, 1953-1982.

	<i>Año de la administración</i>		
	<i>Primero</i>	<i>Segundo</i>	<i>Otros</i>
Una de las tasas más altas de la administración	0.1667	0.1333	0.0333
Otras	0	0.0333	0.6333

La distribución observada es muy diferente de la que corresponde al caso aleatorio. La prueba χ^2 de independencia, con intervalos de confianza superiores al 99.5%, muestra que la hipótesis de que ambas distribuciones son iguales puede ser fácilmente rechazada.³ Sin embargo, la distribución observada no apoya la hipótesis de que el gasto público crezca a tasa mayor al final de cada administración (como Koehler trabaja con magnitudes absolutas y no con tasas de crecimiento, el hecho de que el gasto tenga una tendencia a largo plazo creciente puede explicar parcialmente sus resultados). Más bien, parece que el incremento del gasto es menor tanto al principio como al final de cada período de seis años. Para que esta hipótesis alternativa sea válida, la distribución observada debe acercarse a la que muestra el Cuadro 3.

Cuadro 3. Cuadro de contingencia si el gasto en México tuviera una tasa de crecimiento menor al principio y al final de cada administración que en los años intermedios correspondientes.

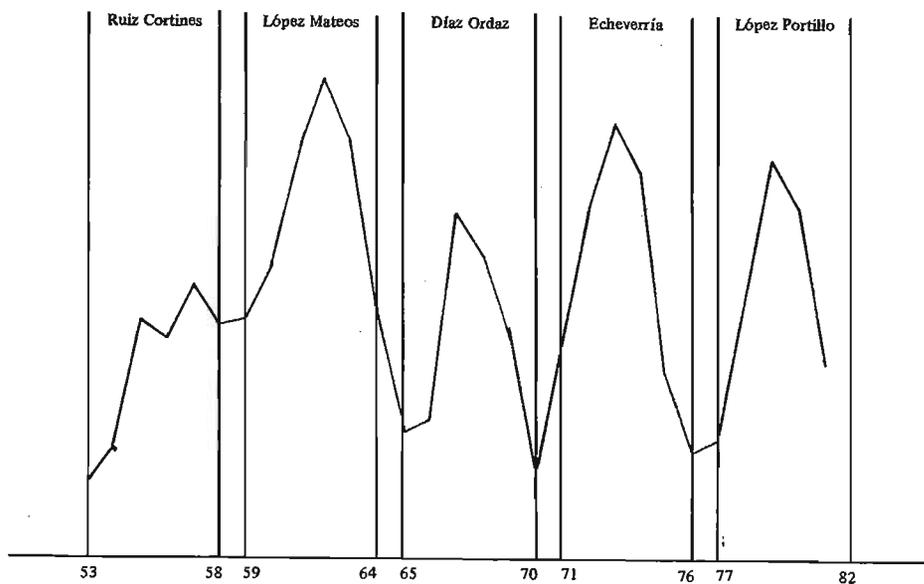
	<i>Año de la administración</i>		
	<i>Primero</i>	<i>Ultimo</i>	<i>Otros</i>
Una de las tasas más bajas en la administración	$1/6 = 0.1667$	$1/6 = 0.1667$	0
Otras	0	0	$\frac{2}{3} = 0.6667$

La distribución del Cuadro 3 es muy similar a la observada (Cuadro 2). Si las observaciones correspondientes a la primera administración fueran excluidas del análisis, las dos distribuciones serían idénticas (Figura 1). La hipótesis de igualdad entre ambas distribu-

³ En todas las pruebas χ^2 hechas en este artículo, la hipótesis nula se escoge de manera que se evite la división entre cero. Todas las variables son analizadas como promedios centrales de tres años de sus tasas de crecimiento.

Figura 1.

Tasa de crecimiento del gasto público en México.*



* Promedio central de tres años de la tasa anual de crecimiento.

ciones no puede ser rechazada a niveles de significancia altos (incluso superiores al 50%).

De acuerdo con estas pruebas, el gasto público en México ha sido sometido a una política de corto plazo apegada a un ciclo político, con exclusión casi absoluta de otro tipo de influencias. Puesto que el país no ha tenido realmente una política monetaria independiente, puede decirse que el ciclo político abarca a la totalidad de la política económica a corto plazo. Sin embargo, a diferencia del ciclo postulado por Koehler, el que revelan los datos muestra una política más expansiva en la fase intermedia de cada administración que en el primero y último años.

Se ha señalado que, antes de 1970, el gasto público tenía un papel compensatorio: subía cuando decrecía el gasto privado (principalmente la inversión) y viceversa (Ortiz-Mena, 1969). Ha habido, en efecto una correlación negativa entre gasto público y gasto privado. Sin embargo, no parece responder a políticas compensatorias deliberadas, sino, más bien, a un desplazamiento (*crowding out*) del gasto privado. Durante el período a que se refiere dicho postulado, parte importante del gasto público se financiaba con ahorro privado (L. Solís, 1973). Por lo demás, sí estamos de acuerdo en que el gasto público se apegó muy de cerca a un ciclo político bien definido, la posibilidad de que haya sido usado con propósitos compensatorios debe quedar descartada.

Ahora bien, el comportamiento a corto plazo del gasto público en México no puede ser calificado de irracional sólo porque no esté orientado a amortiguar fluctuaciones cíclicas. El crecimiento del gasto es relativamente bajo al comienzo de cada administración debido a la inexperiencia del personal nuevo y, al final de la misma, debido a la reticencia a empezar nuevos proyectos que no sean terminados a tiempo. Cualquier intento por modificar este ciclo debería considerar aspectos políticos, no sólo económicos.

Por otra parte, no es razonable tratar de dar al gasto público un carácter estabilizador, descuidando objetivos a largo plazo, cuando no es ni mucho menos claro siquiera que pueda efectivamente cumplir tal función. Como muestra el Cuadro A.2.1, las fluctuaciones del PIB en México han estado poco correlacionadas con las del gasto público. En contraste con ello las contracciones agudas de ambas variables han ocurrido, como era de esperarse, simultáneamente. Estos cambios difícilmente pueden considerarse como fenómenos cíclicos.

La crisis actual en México se debe, en gran medida, a las dificult-

tades para financiar sanamente un gasto público que hasta hace poco había crecido casi sin interrupción. Durante los años medios de la administración pasada (1978-1981) hubo gran incremento del gasto público. La tasa de crecimiento de esta variable fue, sin embargo, similar a la registrada en las administraciones anteriores. Fue el aumento del gasto a partir de un nivel ya muy alto lo que hizo particularmente difícil el manejo de las finanzas públicas. Los actuales problemas en este campo son resultado de la tendencia a largo plazo del gasto, que durante muchos años creció en mayor medida que el ingreso hasta hacer insostenible la brecha. La situación actual es más la crisis de una vieja estrategia de desarrollo que una simple coyuntura cíclica.

Parte importante del aumento del déficit público se explica por el rezago con que los precios de los bienes y servicios producidos por el sector público se han ajustado a la inflación. De ahí que los subsidios alcanzaran un nivel equivalente al del déficit público. Aunque este problema se manifiesta con particular agudeza durante los últimos años, está asociado a la estrategia de largo plazo. La inercia con que se han movido los precios del sector público ha sido un fenómeno bien arraigado en la economía mexicana, aunque los subsidios implícitos correspondientes no cobraran fuerte importancia hasta que la inflación se aceleró. Otros factores que contribuyeron a la crisis, como la evolución de los términos de intercambio y el giro que dieron el mercado financiero y el mercado del petróleo, tampoco pueden ser encasillados en un esquema de ciclo económico, puesto que, simplemente, no son la repetición de comportamiento pasado alguno.

Algunas interpretaciones de la crisis subrayan el hecho de que la economía mexicana creciera mientras el resto del mundo se hallaba en recesión. De acuerdo con esta visión, México entró en crisis por no haberse coordinado con el ciclo económico internacional. Sin embargo, no es la primera vez que no hay tal coincidencia. Tampoco la hubo en 1954-1958, período en que la tasa promedio de crecimiento de la producción en México fue 6 puntos porcentuales mayor que la de Estados Unidos (de 1977 a 1981 la diferencia fue de sólo 4.4 puntos). No obstante, durante la primera parte de la década del sesenta, México, lejos de enfrentar una crisis, alcanzó las tasas de crecimiento del PIB más altas de su historia. No pretendemos con esto descartar la hipótesis de que la falta de coordinación de ciclos haya afectado la estabilidad macroeconómica de México. Sólo intentamos poner de relieve que la noción de ciclo no es suficiente para explicar en su totalidad los fenómenos económicos más importantes.

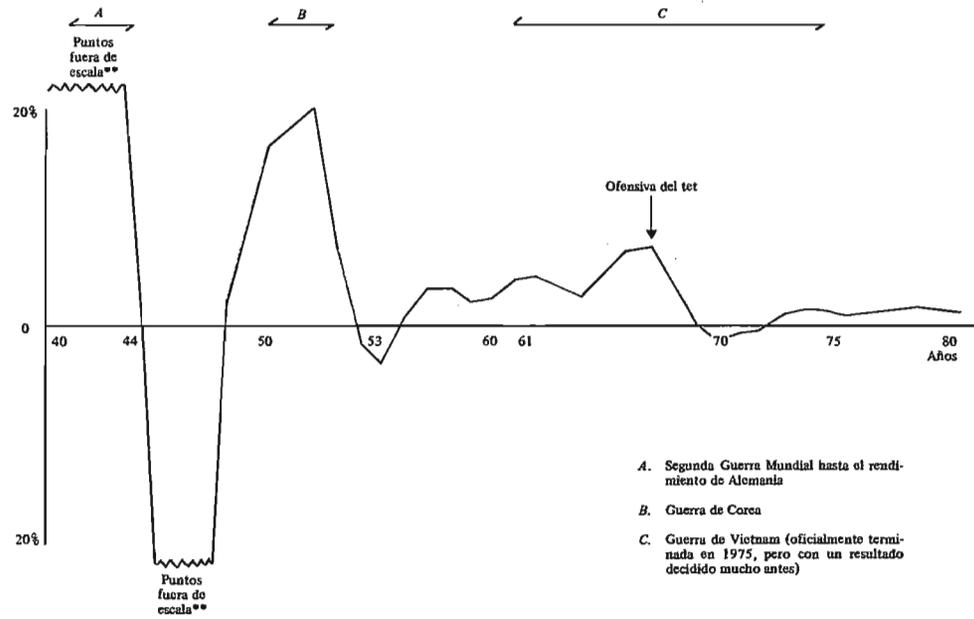
Consideremos ahora la situación en Estados Unidos. Para un observador externo, parece poco probable que el gobierno pueda influir en el comportamiento de la economía norteamericana para amortiguar las fluctuaciones cíclicas. Si bien, aparentemente, la política económica, en especial la monetaria, ha sido usada con propósitos de estabilización más marcados que en México (la era de Volcker es reveladora en este sentido), algunos factores "no económicos" han influido con más peso que el mero afán de estabilización.

Entremos en uno de estos factores: la guerra. Al observar el crecimiento del gasto público en Estados Unidos de 1935 a 1981 (Figura 2), notamos que los valores más altos se dieron durante la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea y la fase más álgida de la Guerra de Vietnam (en este último período, el valor máximo coincidió con la Ofensiva del Tet en 1968). Las demás fluctuaciones fueron de poca importancia. Por otra parte, examinando los dos períodos de paz relativa (el que media entre Corea y Vietnam, por una parte, y el que abarcan los años setenta, por otra), descubrimos que, no obstante haberse registrado cambios cíclicos importantes en la actividad económica, la diferencia entre un período y otro en el valor medio de la tasa de crecimiento del gasto es más significativa que la fluctuación del gasto dentro de cada período. El comportamiento del gasto público en Estados Unidos se explica en lo fundamental por factores independientes de las fluctuaciones a corto plazo en la actividad económica. Algunos de estos elementos son, incluso, de naturaleza "no económica". La política de gasto no puede ser calificada de racional o irracional en términos puramente económicos.

La política de estabilización tiene efectos importantes a largo plazo. Este aspecto es casi siempre considerado como marginal, puesto que se parte de un esquema básico circunscrito al corto plazo, suponiendo, además, que este horizonte es independiente de tendencias seculares. Este esquematismo se pone de manifiesto cuando la economía flaquea durante un período prolongado. Fijémonos, por ejemplo, en la estrategia de estabilización seguida por Reagan y caracterizada por una política fiscal laxa y una política monetaria restrictiva. Este enfoque ganó apoyo porque incidió favorablemente en la tasa de inflación, pero, al ser evidente el débil funcionamiento de la economía en otros aspectos, empezaron a tomarse en cuenta, posibles efectos a largo plazo. Cuanto más tiempo se mantenga el déficit norteamericano bajo el ímpetu de los últimos años, más difícil y penoso será corregirlo. No es casual que algunos expertos manifiesten preocupación, precisamente ahora, por los cambios estructurales

Figura 2

Tasa de crecimiento del gasto del gobierno de Estados Unidos*



- A. Segunda Guerra Mundial hasta el rendimiento de Alemania
- B. Guerra de Corea
- C. Guerra de Vietnam (oficialmente terminada en 1975, pero con un resultado decidido mucho antes)

* Promedio central de tres años de la tasa anual de crecimiento.
** Durante la Segunda Guerra Mundial el crecimiento del gasto alcanzó niveles superiores al 100%, las tasas registradas después de 1945 reflejan el ajuste a la paz.

que puedan resultar de la política actual. Se teme, sobre todo, que el nivel de tasas de interés y la sobrevaluación del dólar depriman la inversión y debiliten el sector externo.

Esta reflexión sobre el futuro a largo plazo no parece, sin embargo, estar acompañada de la voluntad política o el poder necesarios para promover un cambio de estrategia. Se precisa, desde luego, un cambio drástico, que vaya más allá de lo que tradicionalmente entendemos por corto plazo. Lejos de ello, la situación actual se define como tolerable y ni siquiera aparecen al descubierto las raíces profundas de los problemas.

La política económica —en particular, el gasto público— no puede basarse, en México o en Estados Unidos, en consideraciones puramente económicas. Restricciones institucionales y puramente políticas tienen un efecto importante. Un análisis simple de ciclos económicos no es suficiente para entender el desempeño económico de cualquiera de dichos países.

Interdependencia de las fluctuaciones económicas en México y Estados Unidos

Las importaciones de México provenientes de Estados Unidos han representado, en años recientes, alrededor del 70% del total de importaciones mexicanas de mercancías y las exportaciones a Estados Unidos, alrededor del 60% del total correspondiente. Por otra parte, el empleo de trabajadores mexicanos en dicho país ha sido una válvula de escape que ha contribuido a disminuir presiones en los mercados laborales de México.

Aunque el comercio con México sea sólo una parte pequeña del comercio internacional de Estados Unidos, tiene un peso marginal importante en los flujos comerciales de ese país. Por ejemplo, en 1981, el aumento de las exportaciones de Estados Unidos a México representó más de un tercio del aumento total de las exportaciones norteamericanas. En el período 1950-1982 la tasa de crecimiento de las exportaciones norteamericanas estuvo estrechamente relacionada con la tasa de crecimiento de las importaciones mexicanas. El coeficiente de correlación fue del 70.42% (Cuadro A.2.3).

Por otra parte, en México, la correlación entre importaciones e inversión ha sido muy alta (Cuadro A.2.1). Sabiendo que el país no genera la tecnología necesaria para enfrentar los requerimientos del mundo contemporáneo, no es difícil imaginar la importancia que

revisten los bienes de capital que importa. También ha sido alta la correlación entre la tasa de crecimiento de la inversión y la tasa de crecimiento del PIB. Esta concatenación entre importaciones, inversión y crecimiento explica en mucho el impacto que tienen en México las variables económicas norteamericanas. Aparentemente es un factor más importante que la sola relación entre crecimiento externo y crecimiento interno. La correlación entre crecimiento del producto en México y crecimiento del producto en Estados Unidos es positiva pero baja (Cuadro A.2.3).

La reacción que provoca el gasto público norteamericano en las exportaciones mexicanas parece ser opuesta a la reacción que provoca el gasto privado. Concretamente el desplazamiento del gasto privado por el gasto público en Estados Unidos (Cuadro A.2.2) tiene un efecto negativo sobre las exportaciones mexicanas. El gasto privado norteamericano tiene mayor contenido de exportables mexicanos que el gasto público, debido a la alta proporción que en este último representan los renglones de defensa y de servicios. De 1952 a 1981 las exportaciones mexicanas tuvieron una correlación positiva con el gasto privado norteamericano (46.1%) y una correlación negativa con el gasto público (-47.3%. Cuadro A.2.3).

El funcionamiento de la economía mexicana, al menos en el futuro cercano, depende crucialmente de su capacidad para integrarse debidamente al resto del mundo. Quiérase o no, esto significa integrarse a Estados Unidos en muchos aspectos. Si la integración ha de ser benéfica para México hay que superar diversos obstáculos "no económicos".

Es cierto, que, en términos estrictos de teoría económica, la resistencia de México a integrar más su economía con la del resto del mundo puede ser calificada de irracional (esta oposición se muestra, por ejemplo, en la decisión de México de no unirse al GATT). En particular, según la teoría de las uniones aduaneras, México se beneficiaría más de una asociación con Estados Unidos que con otros países en desarrollo, cuyas fuentes de oferta entrañan, en general, mayores costos que las norteamericanas. Además Estados Unidos representa una fuente de tecnología más avanzada que la de los países en desarrollo. Sin embargo, la política mexicana de comercio exterior no puede ser analizada en términos puramente económicos. La historia de las relaciones México-Estados Unidos revela tres aspectos básicos que deben tenerse presentes al intentar determinar el rumbo de todo vínculo futuro.

Primero, la actitud mexicana frente a Estados Unidos no puede

ser tachada de irracional. Es el resultado lógico de un afán por protegerse contra la posible repetición de las afrentas que México alega haber sufrido.

Segundo el progreso de las relaciones, al menos en una primera etapa, debiera fincarse sobre todo en acuerdos bilaterales. Las presiones norteamericanas para que México acepte acuerdos amplios o se inscriba en integraciones regionales que incluyan a Estados Unidos, más que reafirmar en México la validez de la integración propiciarán lo contrario. Dada la experiencia histórica, la confianza mutua entre ambos países sólo puede alcanzarse gradualmente.

Tercero, cualquier acuerdo debe ser sobre bases sostenibles a largo plazo. Las reglas del juego no pueden cambiar continuamente en función de factores a corto plazo, como, por ejemplo, la presión que ejercen los productores norteamericanos para imponer restricciones a las exportaciones mexicanas según varíen la producción y la demanda de su país. Por supuesto, podrían señalarse trabas similares por parte de México. Las medidas proteccionistas de estabilización minan la confianza mutua, que es la única base posible para el buen desarrollo de las relaciones económicas.

De continuar con la misma política económica interna a corto plazo, Estados Unidos puede ver perjudicada su posición política en el mundo. Concretamente, puede alejarse la posibilidad de una mejor integración mundial y entorpecerse el desarrollo de las relaciones mexicano-norteamericanas.

Cuando se evalúa la estrategia económica poco ortodoxa que sigue hoy Estados Unidos, caracterizada, como se señalaba, por la combinación de una política monetaria restrictiva y una política fiscal expansiva, no se repara como es debido en la posición de la economía norteamericana sobre su trayectoria a largo plazo. Tampoco suele ser motivo de reflexión profunda el impacto de dicha estrategia en el resto del mundo, tratándose de una economía tan grande como la norteamericana. Por ejemplo, el secretario del Tesoro de Estados Unidos ha declarado que el aumento de impuestos para reducir el déficit público entorpecería el proceso de recuperación de la economía norteamericana y, por tanto, el proceso de recuperación de las economías en desarrollo, las cuales, supuestamente, verían disminuidas sus exportaciones. Esta postura altruista ignora aspectos importantes.

La persistencia en Estados Unidos de un déficit público elevado no implicará, seguramente, más que una recuperación modesta y poco sostenida de la actividad económica norteamericana. Una me-

goría así puede provocar mayor inestabilidad en la economía mundial. En México, particularmente, puede reflejarse en fluctuaciones equívocas y, por tanto, en mayores dificultades para alcanzar un ambiente de confianza que mejore las relaciones bilaterales.

Un reordenamiento a largo plazo de todas las economías, incluyendo la norteamericana, sería más importante que la sola recuperación a corto plazo de esta última. La corrección de desequilibrios internos, como principio que Estados Unidos invoca al resto del mundo, especialmente a países en desarrollo, es también aplicable a su propia economía. Si los países en desarrollo consideran injusta la posición norteamericana es, entre otras cosas, porque las políticas de corrección estructural se aplican asimétricamente. Aunque el déficit público norteamericano represente una proporción del producto nacional correspondiente menor que la observada en la mayoría de los países en desarrollo, tiene un tamaño absoluto cuyos efectos sobre la economía mundial son mucho más dramáticos.

Por otra parte, una reducción del déficit fiscal en Estados Unidos no debería acompañarse de medidas para proteger la actividad económica interna. Un aumento en las medidas proteccionistas nos dejaría en la misma situación que hoy, dando prioridad al corto plazo. La reducción del déficit permitiría a Estados Unidos negociar acuerdos antiproteccionistas con otros países desarrollados, a cambio de una baja sustancial en la tasa de interés (W. Cline, 1983).

La baja en la actividad económica norteamericana que resultase de un ajuste fiscal interno podría ser compensada parcialmente por un aumento de exportaciones. Al descender las tasas de interés, además de disminuir la sobrevaluación del dólar, bajaría la suma de intereses a cargo de países deudores y aumentaría, con ello, su margen de divisas para importaciones.

La reducción de los pagos por intereses tendría efectos positivos más importantes en la balanza mexicana de pagos que el incremento de exportaciones basado en la recuperación superficial y poco duradera que quizá experimente la economía norteamericana manteniendo alto el déficit público (G. Ortiz y J. Serra Puche, 1983). La presente recesión en México se explica, en buena medida, por la escasez de divisas para importar bienes de producción. Este renglón de importaciones ha debido disminuir a una tasa sin precedente para dejar lugar a los pagos derivados del servicio de la deuda externa. En 1982 estos egresos representaron el 52% del valor de las exportaciones de mercancías. Cabe insistir, además, en que una recuperación en Estados Unidos mantenida por el aumento del gasto público no tiene por

qué beneficiar a las exportaciones mexicanas. Además del bajo contenido de exportables mexicanos en el gasto público norteamericano, hay que tener en cuenta el poco peso de las exportaciones no petroleras en el total de exportaciones mexicanas. Una recuperación superficial y breve en los Estados Unidos no beneficiaría a México, ni a corto ni a largo plazo.

A manera de conclusión

Las relaciones entre México y Estados Unidos tienen una historia compleja. Están influidas por tantos elementos de orden institucional que un análisis económico "puro" no arrojaría mucha luz sobre algunos de los principales aspectos del problema. Políticas de estabilización que no toman en cuenta objetivos a largo plazo pueden terminar dañando las relaciones potenciales entre los dos países. Una recuperación poco durable o superficial de la economía norteamericana sin corregir sus desequilibrios internos puede hacer más daño que beneficio a la economía mexicana. Una solución a largo plazo requiere que el peso del ajuste se reparta con mayor equidad entre ambas economías.

Apéndice 1

AJUSTES A LOS DATOS SOBRE MÉXICO*

LA REPRODUCCIÓN DE LAS FLUCTUACIONES económicas de México supuso serios problemas de información. Las tres fuentes de datos que, en conjunto, cubren el período de análisis son inconsistentes.** Sólo una tiene reconocimiento oficial y cubre únicamente el período a partir de 1970. Toda la información sobre ese período se tomó de allí y el año base que reporta se utilizó para convertir algunos de los componentes desagregados de oferta y demanda reportados en las otras dos fuentes. De esta manera se hizo compatible la información empleada. Los componentes desagregados del PIB fueron: consumo privado, consumo público, inversión (separada, después, en pública y privada), acumulación de inventarios, exportaciones e importaciones. Para evitar discontinuidades por cambios de fuente,

* El análisis sobre Estados Unidos se basó en la información del *Economic Report of the President*.

** Banco de México, *Cuentas nacionales y acervos de capital, 1950-1967*, Banco de México, *Producto interno bruto y gasto, 1960-1978* y Secretaría de Programación y Presupuesto, *Sistema de cuentas nacionales, 1970-1981*.

la diferencia en observaciones superpuestas fue distribuida a lo largo de los diez años anteriores a aquel que en que había superposición.

Debido a importantes variaciones en precios relativos, la serie del PIB que se obtiene mediante el procedimiento desagregado descrito es muy diferente de la que resultaría de un ajuste hecho directamente a la información del PIB agregado. En otra parte, hemos ilustrado cómo cambia la evaluación del crecimiento del PIB en México con sólo variar el año base (García Alba y Serra Puche, 1983). Si el ajuste en este trabajo se hubiera hecho por un procedimiento todavía más desagregado, los resultados hubieran sido diferentes y, posiblemente, más satisfactorios. Sin embargo, dada la poca certeza sobre la precisión de la información anterior a 1970, se decidió que un procedimiento más detallado no era justificable.

Para aquellos años en que no había información sobre inversión pública realizada, se tomó la inversión pública autorizada y se corrigió con un coeficiente que indica la diferencia proporcional entre inversión realizada y autorizada a lo largo de los distintos años de cada sexenio. Este coeficiente fue calculado usando la información referente a los años para los que había datos independientes sobre cada una de dichas variables. La proporción entre inversión realizada e inversión autorizada crece del principio al final de cada administración. Nótese que dicho coeficiente no incorpora la evolución estimada de la tasa de crecimiento del gasto público durante los distintos sexenios (ésta, como se recordará, es relativamente baja al principio y al final de cada uno de los períodos). La serie sobre inversión pública fue ajustada también para eliminar discontinuidades de comportamiento en años superpuestos.

El Cuadro A.1 muestra las series de cuentas nacionales ajustadas de acuerdo con el procedimiento anterior. Aunque los resultados puedan no indicar precisamente el nivel real de las variables en cada uno de los años tomados, sí reflejan las fluctuaciones generales de la economía mexicana, al menos para los propósitos de este trabajo.

Cuadro A.1. Cuentas nacionales de México ajustadas
(millones de pesos de 1970)

<i>Año</i>	<i>PIB</i>	<i>Consumo del gobierno</i>	<i>Consumo privado</i>	<i>Inversión pública</i>	<i>Inversión privada</i>	<i>Variación de inventarios</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>
1950	118 133.0	5 761.9	94 805.9	5 551.4	8 621.3	862.1	16 445.0	13 914.6
1951	127 888.9	5 849.0	106 331.9	6 079.2	12 365.0	1 150.2	16 151.5	17 737.5
1952	132 909.4	6 093.1	104 690.4	6 506.5	13 544.4	951.3	16 288.3	15 864.6
1953	132 861.6	6 528.6	107 811.3	4 439.1	13 260.7	1 150.7	15 234.7	15 563.5
1954	145 958.8	7 582.6	113 928.9	5 408.6	15 449.7	2 410.2	20 304.6	19 125.8
1955	158 150.8	8 341.3	120 392.2	5 944.1	17 059.2	3 564.8	23 755.0	20 905.8
1956	169 076.8	9 042.3	127 745.2	5 195.0	22 750.0	3 755.5	24 471.5	23 882.7
1957	182 529.0	9 721.5	144 003.8	6 832.9	22 888.2	1 566.3	21 590.4	24 074.1
1958	192 824.0	11 554.1	152 150.6	7 762.6	22 002.0	1 371.1	21 068.3	23 084.7
1959	197 146.9	11 967.2	155 195.8	6 432.3	22 979.1	1 164.1	20 689.9	21 281.5
1960	212 888.8	13 960.6	161 762.3	7 527.7	26 549.7	5 304.3	20 702.8	22 918.6
1961	224 389.0	14 993.4	168 627.1	11 672.0	22 952.6	6 436.3	22 395.1	22 617.5
1962	236 419.0	17 214.5	177 300.1	11 271.8	25 503.9	4 369.0	23 739.7	22 980.0
1963	256 653.3	19 396.0	188 838.9	15 759.0	25 559.9	7 311.0	24 959.5	25 171.0
1964	288 341.0	21 728.8	209 318.5	19 762.0	30 344.5	8 492.6	27 943.5	29 248.6
1965	308 458.2	22 418.8	221 537.9	14 609.9	39 581.0	12 213.9	28 458.1	30 361.4
1966	331 807.4	24 314.2	239 441.3	16 819.3	42 612.7	9 649.0	30 068.6	31 097.7
1967	355 035.8	25 881.6	257 293.1	22 519.9	45 557.2	8 063.9	29 161.8	33 441.7
1968	386 612.0	28 602.0	282 804.6	24 974.3	50 181.5	5 571.6	31 759.3	37 281.3

Cuadro A.1. Cuentas nacionales de México ajustadas
(millones de pesos de 1970) (Continuación)

<i>Año</i>	<i>PIB</i>	<i>Consumo del gobierno</i>	<i>Consumo privado</i>	<i>Inversión pública</i>	<i>Inversión privada</i>	<i>Variación de inventarios</i>	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>
1969	412 874.9	29 799.0	297 149.1	27 417.9	53 868.5	7 084.6	36 957.5	39 401.7
1970	444 271.4	32 243.2	319 521.8	29 249.9	59 410.7	12 295.4	34 430.5	42 880.1
1971	462 803.8	35 671.2	336 216.2	22 451.2	64 691.0	8 899.3	35 786.5	40 911.6
1972	502 085.9	40 454.3	358 909.9	31 484.4	66 321.4	8 341.8	41 666.3	45 092.2
1973	544 306.7	44 516.3	382 715.5	43 938.2	68 289.5	10 099.0	47 365.6	52 617.6
1974	577 568.0	47 330.2	402 449.8	45 009.6	76 086.2	22 522.8	47 457.7	63 288.3
1975	609 975.8	54 018.1	425 435.7	54 732.9	77 583.2	18 534.7	43 231.5	63 560.3
1976	635 831.3	57 454.3	444 755.3	50 597.2	82 312.4	14 487.2	50 414.1	64 189.2
1977	657 221.5	56 804.2	453 822.6	47 212.4	76 774.1	22 951.1	57 803.4	57 646.3
1978	711 982.3	62 448.1	490 806.1	62 122.2	80 677.1	21 672.8	64 499.3	70 243.3
1979	777 162.6	68 443.7	534 218.5	72 853.3	98 960.9	21 704.0	72 328.8	91 236.6
1980	841 854.5	74 957.5	574 502.6	84 870.3	112 494.2	38 609.6	76 746.2	120 325.9
1981	908 764.8	82 501.2	616 706.5	98 261.8	128 165.6	46 354.6	81 499.5	144 724.4
1982	907 306.2	86 488.9	626 084.2	85 759.2	102 566.5	8 127.7	83 718.6	85 438.9

Apéndice 2

CORRELACIONES ENTRE LAS VARIABLES MEXICANAS Y LAS DE ESTADOS UNIDOS

PARA ELIMINAR LA MAYOR PARTE de las fluctuaciones erráticas a muy corto plazo, se trabaja con los promedios centrales de tres años de las tasas de crecimiento de las variables. El Cuadro A.2.1 muestra correlaciones entre variables mexicanas, el Cuadro A.2.2 muestra correlaciones entre variables norteamericanas y el Cuadro A.2.3 muestra correlaciones entre variables mexicanas y variables norteamericanas. En los tres cuadros se maneja la siguiente notación:

PNB – Producto Nacional Bruto
PIB – Producto Interno Bruto
CT – Consumo Total
CG – Consumo del Gobierno
CP – Consumo Privado
IT – Inversión Fija Total
IG – Inversión Pública
IP – Inversión Privada
X – Exportaciones
M – Importaciones
GG – Gasto Público Final
GP – Gasto Privado Final

Cuadro A 2.1. Coeficientes de correlación entre variables mexicanas (1952-1981)

	<i>CT</i>	<i>CG</i>	<i>CP</i>	<i>IT</i>	<i>IB</i>	<i>IP</i>	<i>X</i>	<i>M</i>	<i>GG</i>	<i>GP</i>
<i>PIB</i>	84.1	25.3	82.1	87.7	47.0	62.1	33.3	68.3	48.4	86.4
<i>CG</i>			1.1	17.5	40.0	-10.0	- 3.7	9.6	61.3	- 1.3
<i>CP</i>				68.5	35.5	50.4	- 3.9	49.5	32.4	94.7
<i>IG</i>						-21.5*	13.0	40.6	96.6	20.2
<i>IP</i>							13.4	58.0	-19.6	75.3
<i>X</i>								47.9	11.3	2.6
<i>M</i>									39.6	60.3
<i>GG</i>										18.9

* Para 1952-1970 esta correlación es de -46%.

Cuadro A 2.2. Coeficientes de correlación entre variables norteamericanas (1952-1981)

	<i>CP</i>	<i>IP</i>	<i>X</i>	<i>M</i>	<i>GG</i>	<i>CP</i>
<i>PNB</i>	82.9	79.9	29.6	66.1	38.6	82.4
<i>CP</i>		87.2	22.1	68.1	- 6.6	95.6
<i>IP</i>			31.3	61.1	-15.5	95.4
<i>X</i>				6.7	-23.7	24.1
<i>M</i>					23.5	63.9
<i>GG</i>						-16.7

Cuadro A 2.3. Coeficientes de correlación entre variables mexicanas y variables norteamericanas

<i>EU/MEXICO</i>	<i>PIB</i>	<i>X</i>	<i>M</i>	<i>GG</i>	<i>CP</i>
<i>PNB</i>	23.3	20.3	- 3.6	- 3.2	15.6
<i>X</i>	64.9	46.3	70.4	52.3	44.9
<i>M</i>	28.0	17.0	- 2.1	-19.4	40.3
<i>GG</i>	-26.8	-47.3	-19.7	-22.9	- 2.0
<i>GP</i>	33.0	46.1	- 5.3	- 2.9	17.1

Bibliografía

- CLINE, W. (1983), "Global Consequences of US External and Internal Disequilibrium", *mimeo*.
- GARCÍA ALBA, P. y J. SERRA PUCHE (1983), "Financial Aspects of Macroeconomic Management in Mexico", *Joint Research Program Series*, No. 36, Institute of Developing Economics, Japon.
- GRANGER, C.W.J. (1969), "Investigating Causal Relations by Econometric Models and Cross-Spectral Methods", *Econometrica*, vol. 37, núm. 3.
- KOEHLER, J.E. (1968), *Economic Policy Making with Limited Information: the Process of Macro Control in Mexico*, Rand Corporation, Memorandum MR-5682-RC, agosto.
- ORTIZ MENA, A. (1969), "Desarrollo Estabilizador". *Documento* presentado en la Reunión Anual del FMI y el Banco Mundial, septiembre.
- ORTIZ, G. y L. SOLÍS (1978), "Estructura financiera y experiencia cambiaria: México 1954-1977", *Documento de investigación*, núm. 1, Banco de México.
- SARGENT, T. (1979), *Macroeconomic Theory*, Academic Press.
- SOLÍS, L. (1973), *La realidad mexicana: Retrovisión y perspectivas*, 4a. edición, Siglo XXI.
- ORTIZ, G. y J. SERRA PUCHE (1983), "A Note on the Burden of the Mexican Foreign Debt", *mimeo*.